

regla de oro sería, al contrario que en el buen torco, no llevar al autor al terreno del crítico, sino meterse el comentarista en el terreno de la obra.

Parece como si Nadeau estuviera pensando en la obra que iba a escribir Sartre. Y una vez publicada, Nadeau se permite un ácido comentario, también de reciente publicación en España (2). Nadeau nada tiene que objetar a las siempre sugerentes tesis de Sartre sobre la escritura desde el punto de vista de «ser-para-la-muerte», sobre su análisis de la risa o sobre su crítica del romanticismo..., pero se pregunta dónde está Flaubert en todo esto. ¿Era

una profesión rentable, al matrimonio, incluso al amor, si renuncia a la vida social parisina, a la gloria y al sillón de académico, es decir, si renuncia a «vivir» para poder «pintar mejor la vida», para poder consagrarse a la religión del arte (y nadie más alejado que él del esteticismo). ¿Hasta qué punto su rebeldía es un mero e ineficaz gesto de burgués? ¿Y hasta qué punto su posición de renista, de enemigo de los comuneros, invalida o marca su obra? ¿Hasta qué punto el espejismo de un arte autónomo hace de su obra una obra «burguesa»? En una palabra, ¿hasta qué punto cabe identificar al creador con el titu-



Gustave Flaubert

realmente necesario sacar a relucir al eremita de Croisset? ¿No sería mejor que Sartre expusiera sus temas por sí mismos? En cuanto a la habilidad de Sartre para utilizar el psicoanálisis, Nadeau se muestra menos respetuoso: ¿Cómo sabe Sartre el modo que Mme. Flaubert tenía de ponerle los pañales al bebé Gustave? ¿De dónde ha sacado que Flaubert era el «idiota de la familia»? Y si así fuera, ¿qué? Parece ser que Gustave era un niño extremadamente ingenuo, lo que le permite a Sartre dar título a su estudio. Nadeau recuerda que el «idiota», a sus nueve años, escribía propósitos como el siguiente, poco reveladores de ninguna futura vocación, pero bastante sorprendentes en un retrasado mental: «Si quieres, podemos asociarnos para escribir: yo escribiré comedias y tú escribirás tus sueños...».

La polémica tiene más importancia de lo que sus ramalazos más o menos humorísticos pueden dar a entender. Si Flaubert renuncia a

lar del estado civil? El propio Flaubert manifiesta repetidamente en su correspondencia que la única entidad del artista es el acto de la creación, pero que nunca debe confundirse arte y vida y, menos aún, la propia biografía con la propia escritura, so pena de recaer en el subjetivismo romántico. En conclusión, afirma Flaubert, todo arte grande es siempre rebelde. En todo caso, jamás la «vana rebeldía de un burgués» ha retratado con mayor lucidez y crueldad la frustración personal (la Bovary) y generacional (Frederic Moreau) en una sociedad burguesa, ni creó un exotismo heredero directo del «gran De Sade» (Salammbó), ni dio rienda suelta a una concepción del universo más ambiciosa por su integración de materialismo y vitalismo (Saint Antoine). En último extremo, la gran actualidad de Flaubert hay que buscarla en su concepción del acto de la escritura, extremo sobre el que Nadeau centra su obra, una obra sugerente, apasionante y aleccionadora. ■ J. L. GIMÉNEZ-FRONTIN.

UN TEXTO RESCATADO DE LUIS CERNUDA

«Soledades de España», de Luis Cernuda, fue publicado en el diario madrileño «Luz», el 10 de octubre de 1933. El poeta acompañaba entonces a los cuadros del museo ambulante, tentativa cultural de la Junta de Ampliación de Estudios, que recorrían los pueblos de Castilla. La selección de los cuadros fue hecha por don Manuel B. Cossio y su dirección se encomendó a miembros de las famosas Misiones Pedagógicas. Como complemento, eran explicadas unas charlas divulgadoras por profesores del Centro de Estudios Históricos.

En «Soledades de España» aparecen las preocupaciones del poeta por el porvenir y situación del pueblo español. Corrían los últimos meses de 1933 y, por entonces, Cernuda escribía en la revista «Octubre» estas duras palabras: «Es necesario acabar, destruir la sociedad caduca en que la vida actual se debate aprisionada. Esta sociedad chupa, agosta, destruye las energías jóvenes que ahora salen a la luz. Debe dársele muerte».

«Soledades de España» no ha sido recogido en libro, ni por su autor, ni por Luis Maristany, compilador de diversos escritos cernudianos. Con su publicación queremos contribuir tanto al descubrimiento de la total personalidad de Luis Cernuda, como a la reunión de las obras completas y definitivas del gran poeta sevillano. ■ JOSE ESTEBAN.

SOLEDADES DE ESPAÑA

Con el Museo del Pueblo

Pedraza está a poca distancia de Segovia. El tiempo la ha ido alejando de la vida, abandonándola sobre un cerro, a cierta distancia de la carretera. Al borde de ésta, en la llanura, ha surgido un nuevo pueblo, Velilla de Pedraza, que recoge para sí la actividad local. Cuando llegaba a La Velilla era ya de noche, y de Pedraza sólo pude distinguir, allá lejos, en la cima, bajo el límpido y frío fulgor estelar, una muralla dentada a manera de pétreo fantasma. Eso es hoy Pedraza: un sueño de piedra, de piedra que se derrumba a solas, cara al cielo segoviano.

El coche subió jadeando el camino en pendiente. Aquella tarde había celebrado mercado en la plaza del pueblo, y aprovechando la aglomeración de campesinos, compradores y vendedores, acudidos de lugares cercanos, nuestro museo ambulante celebró su inauguración. Con rara excepción, siempre hemos encontrado, por parte de autoridades y particulares, fácil acogida; los locales ofrecidos para sala de exposición se cuentan de ordinario entre los mejores del lugar. Las deficiencias no son, pues, culpa de nadie en tal aspecto. El local elegido en Pedraza era tan bajo de techo que algunos lienzos fue imposible apoyarlos contra la pared. Por ello no hubo otra manera de mostrarlos al público que desde el balcón. Ahí tiene explicado por cierto mi antiguo amigo José Bergamín aquella foto que tanta desazón causó en su ánimo. No es fácil enjuiciar desde cualquier cómoda habitación una empresa poco conocida aún y que, venciendo dificultades y molestias materiales, se realiza lejos de los núcleos ciudadanos para llevar a los naturales, embargados por un trabajo sin tregua, un poco de ese ocio tan necesario siempre al espíritu.

Pero volviendo a lo nuestro, los trabajos de instalación, las visitas oficiales, las charlas ante los lienzos, habían rendido a mi compañero de trabajo, José Val del Omar, ese extraordinario artista de la cámara que, en unión del pintor Ramón Gaya y del poeta Rafael Dieste, acompañaba de ordinario el museo.

Era ya tarde; la campana aguda de un reloj de pesas, los casetones blancos y negros del techo, paralelos a las losas negras y blancas de suelo, no se mostraban,

decididamente, muy acogedores. Por un postigo vi en la plaza una torre y unos soportales absortos entre la soledad nocturna.

No obstante, el reducido número de habitantes que tiene Pedraza, un grupo de niños daba la sensación del número, gracias a su movilidad personal. Se les veía en todas partes: en la plaza, en las calles, en el castillo. Este es, quizá, el mayor encanto de Pedraza. Porque no sólo cuenta su situación única, sobre el monte, con una puerta de acceso que, al cerrarse, incomunica el pueblo completamente; ni sus tonitruantes escudos sobre tantas y tantas casas ruinosas, sino que hay también el castillo. Domina un dilatado valle poblado de pinos. Desde la puerta, que aún conserva como antigua amenaza unas erizadas púas de hierro, el pueblo se dibujaba menudo y terroso sobre los montes nevados. El castillo de Pedraza perteneció a los condes de Velasco, y allí estuvieron en calidad de rehenes los hijos de Francisco I de Francia. Hoy es propiedad de Ignacio Zuloaga, quien lo adquirió, según me dijeron, en unas doce mil pesetas. También Salvador de Madariaga tiene por allí una casa. Como paisaje conozco pocos rincos que puedan compararsele.

Nuestra presencia, como de ordinario, suscitaba la curiosidad del vecindario; los chicos nos daban escolta a un lado y a otro. Siempre nos sorprendía, al recorrer estos pueblos segovianos, la limpieza de los ojos infantiles. Tenían tal brillo y vivacidad que me apenaba pensar cómo al transcurrir el tiempo la inercia, falta de estímulo y sordidez ambiente, ahogarian las posibilidades humanas que en aquellas miradas amanecían. Como el arpa olvidada de la rima de Bécquer, tal vez por estos rincos de la Tierra habrá alguien que sólo aguarda el brazo amoroso que levante su espíritu de la sombra donde yace inerte. ¿No es posible aligerar, dilatar la rígida y mezquina vida española? Tal vez en nuestras manos haya un medio para trabajar en ello. Es tarea larga; nosotros no gozaremos ya del fruto, si lo hay. Pero pasados bastantes años otros podrán aprovecharlo. No recordarán, quizá, quiénes abrieron el camino. Pero no importa. Nuestro esfuerzo debe ser el único premio. ■ LUIS CERNUDA ('Luz', 10 de octubre de 1933).

(2) Maurice Nadeau, «Sartre y el dios de la familia», en «El Urogallo», número 11-12.